

lo á Ponciano que le ocultó en su casa, situada del otro lado del Tíber. El mismo ayudó al valiente pontífice á sacar del rio el cuerpo de San Calépodo y á darle sepultura. Sea á causa de la inmediación á su casa, sea más bien á causa del engrandecimiento que dió al cementerio de la Vía de Porto, esta Catacumba tomó el nombre de San Ponciano. Es llamada también *Catacumba de los Santos Abdón y Sennen*, porque estos dos príncipes persas, martirizados en el anfiteatro bajo el imperio de Decio, fueron allí depositados. En fin, es conocida bajo la denominación: *Ad Ursum pileatum*. "Al Oso con cofia," probablemente á causa de algún simulacro colocado en las inmediaciones.

Como quiera que sea, sería imposible nombrar á todos los héroes, á todas las heroínas cristianas de quienes fué sepultura aquel cuartel de la gran necrópolis. Recibió sucesivamente en aquellos vastos subterráneos á Quirino, aquel generoso atleta que cansó á los verdugos del emperador Claudio; y Pigmenio, aquel santo ciego á quien un niño llevaba de la mano y á quien Juliano el Apóstata hizo precipitar con su guía en las aguas del Tíber; y la valerosa Cándida, tan celosa por recoger los cuerpos de los mártires; y los santos pontífices Anastasio é inocente 1<sup>o</sup>, y los santos Polion, Vicente, Milex, Marcelino y Pedro. Bajo los retratos de estos últimos descubrió Bosio aquella tierna inscripción grabada en la toba: "Eustaquio; pobre pescador, servidor del bienaventurado Marcelino mártir." 1

La entrada á la Catacumba se encuentra en la colina á la derecha de la puerta del Tíber. A ella se llega por la vuelta de un pequeño camino inmediato á una capilla. Las galerías están practicadas en la roca

1 Eustathius, humilis peccator, servitor beati Marcellini martyris. "Eustatio, humilde peccador, servidor del B. Marcelino mártir.

marina y fluvial, pero las escaleras escombradas por Bosio indican muchos pisos, de los cuales el más bajo debe llegar á la roca volcánica. Cuando se reflexiona por una parte en la poca solidez que presentan aquellas capas de terreno secundario; por otra, en la existencia de una vasta cantera de piedra pagana superpuesta en aquella Catacumba; se tiene la prueba perentoria de que los cristianos querían mejor para ocultar su vida, su muerte y sus misterios, condenarse á los más peligrosos y más rudos trabajos, que emplear para su uso las excavaciones paganas. ¡Qué basta Iglesia, qué sólido cementerio hubieran encontrado en la cantera de que hablo! Y sin embargo, la han desdeñado! Sea por temor, sea por horror, no querían tener nada de comun con los paganos. Sostenidos por la fe, sabían bastarse á sí mismos.

Así fué como abrieron, á pesar de la dificultad del trabajo, lugares ó *arceæ* en la Catacumba de San Ponciano. Hay una, entre otras, que es bastante amplia para servir en las sínaxas ó asambleas religiosas de los fieles. Este destino no sería dudoso si se hubiese escombrado el fondo del lugar en donde se encuentra comunmente el *Monumentum arcuatum*, es decir, el altar del mártir principal. Pero hay una cosa indudable; esta es, la existencia de un bautisterio.

En el fondo de una crypta se abre una ancha tasa cavada por mano del hombre y bastante profunda para practicar en ella el bautismo por inmersión, según el rito de la primitiva Iglesia. La pintura que en ella se ve, aunque de una fecha posterior, indica claramente el uso de aquel recipiente. San Juan bautiza á Nuestro Señor, en cuya cabeza descansa el Espíritu Santo bajo la forma de una paloma; á la derecha de Nuestro Señor está un Ángel que lleva entre sus manos el nombre de

Jesús; á sus piés un ciervo que sacia su sed en las aguas del Jordan. Se encuentran también en muchas otras pinturas, asuntos que explicaré en su lugar. Pero no puedo olvidar los retratos de los santos mártires que han ilustrado aquella Catacumba. En un compartimiento, Nuestro Señor saliendo del seno de una nube, tiene sus dos manos extendidas sobre las cabezas de los santos Abdón y Sennen, á quienes corona con rosas. Los dos mártires llevan el manto corto, sujeto en la garganta por un botón y en la cabeza el *amphibalum* ó capucha oriental. Al lado de ellos, aparecen sus compañeros de gloria, los Santos Milex y Vicente, el uno en su traje romano, el otro con la casulla primitiva; todos están representados de pié en la actitud del triunfo y con la cabeza rodeada de la aurora circular. Lo mismo es en todas partes, tratándose de mártires.

Cerca de las Catacumbas de San Ponciano se encuentran las de Generosa ad *Sextum Philippi* y las del Papa San Julio. Las primeras deben probablemente su doble nombre á alguna dama romana que había dado sus jardines como las Ciriacas y las Lucinas, para sepultar á los fieles, así como también á una propiedad perteneciente á algún romano llamado Felipe, que estuviese situada en el sexto miliario de la ciudad. Dos grandes mártires, cuyos cuerpos descansan hoy en Santa María Mayor, son las glorias conocidas de aquella Catacumba. Simplicio y Fausto eran hermanos. Animados del mismo valor, sufrieron los mismos tormentos que la crueldad pagana sabía tan bien inventar, variar, prolongar; la espada puso fin á sus suplicios, pero no á la rabia de los verdugos. Sus cuerpos mutilados, arrojados al Tíber desde lo alto del Puente de Piedra, probablemente el *de Quattro Capi*, fueron llevados por las aguas hácia el

*Sextum Philippi*. Santa Beatriz, la digna hermana de los mártires, ayudada por los santos sacerdotes Crispo y Juan, les recogió y les enterró en la Catacumba de Generosa. Ella misma, aprehendida y condenada á muerte por orden del juez Lucrecio, fué á descansar cerca de sus ilustres hermanos. Emulos de su caridad y de su fe, los dos sacerdotes Crispo y Juan, participaron de la misma tumba. Su martirio tuvo lugar bajo Diocleciano el 18 del mes de Agosto. 1

En cuanto al cementerio de San Julio, no es aún conocido por su nombre. Pero no se puede dudar de que encierra un gran número de mártires. ¿Qué pensar al salir de aquellos lugares tantas veces venerables, sino que los sacrificios á los cuales estamos expuestos nosotros, los cristianos del siglo décimonono, hijos de los mártires, no son nada en comparación de los trabajos, de los peligros y de los sufrimientos de nuestros padres? Si fuera cierto decir que después del desastre del gran ejército de Rusia se había perdido el derecho de quejarse, con más verdad debía encontrarse la misma palabra en los labios del peregrino de las Catacumbas!

1 Romae, in Sexto Philippi natalis beatorum presbyterorum Joannis et Crispi, qui in persecutione Diocletiani et Maximiani multa sanctorum corpora sepeliverunt. Quorum meritis et ipsi postmodum sociati gaudia vitae meruerunt. —"Juan y Crispo nacieron en Roma in Sexto Philippi; sepultaron muchos cuerpos de Santos durante la persecución de Diocleciano y de Maximiano. Ellos, por sus méritos, fueron sepultados juntos después, así como juntos participaron de los goces de la vida." —*Adnot. Martyr*, 18 de Agosto.

## 23 DE DICIEMBRE.

Catacumbas de la vía de Ostia.—Doble destino de las Catacumbas.—Nombres diversos.—Disciplina primitiva.—Permanencia de los cristianos en las Catacumbas, durante la paz, durante las persecuciones.—Por qué muchas entradas.—Razones de la forma de las galerías.—Sepulcros de dos, de tres cuerpos.—Catacumbas de Santa Lucina, de San Timoteo, de Santos Félix Adaucto y Comodilla, de San Ciriaco.

Volvimos á las orillas del Tíber para visitar la antigua iglesia de Santa Praxedis, atravesamos el río por el Puente de los *Quattro Capi* á fin de dirigirnos á la vía de Ostia, adonde nos llamaban las célebres Catacumbas de que está rodeada. Pero para bajar con fruto á nuestros venerables cementerios no basta llevar encendida la antorcha que el guardian os presenta; es necesario llevar también consigo la antorcha de la ciencia, y sobre todo de la ciencia sagrada. Lo que Pompeya es al paganismo, lo son las Catacumbas al cristianismo. Del mismo modo que Pompeya muestra el paganismo tal cual es, hace diez y ocho siglos en su religión, en sus costumbres, en sus artes, en sus usos de la vida pública y privada, así en las Catacumbas, cuna de la Iglesia, se ve de hecho el cristianismo tal cual era hace diez y ocho siglos.

La Roma subterránea es un libro vivo, palpable, inmortal, en el cual están escritas, ya con la sangre de los mártires, ya con el pincel novicio de un pintor desconocido, ya con el instrumento gastado del sepulturero, las creencias, las costumbres, los usos, el espíritu y los detalles de la vida tan laboriosa y tan sublime de nuestros padres. Libro de un interés inmenso para el arqueólogo, y más todavía para el cristiano; pero como todos los otros, se necesita que sea comprendido.

Los días anteriores nos ha contado su origen y su historia; hoy va á decirnos su doble destino. Las Catacumbas sirvieron para ocultar la vida de los primeros cristianos, sus misterios, sus lágrimas y sus oraciones; después de la muerte presentaron un dormitorio para todos los hijos de la Iglesia y particularmente para los mártires. Ellas están llenas de la vida y con la muerte de nuestros padres; la prueba de esto está, no solo en las tumbas, las capillas, las pinturas y los monumentos, que describiremos después, sino también en los nombres dados á aquellos lugares venerables. Además de la denominación general de Catacumbas, los cementerios cristianos tenían en la lengua primitiva nombres en los cuales respiran la fe viva de nuestros abuelos y el uso que ellos hacían de aquellos subterráneos. Son llamados sucesivamente: *lugares ocultos, refugios subterráneos, concilios de los mártires, santuarios, dormitorios, lugares de descanso, memorias, paz, puerto y trono*. 1 Solo pertenece al cristianismo dar semejantes nombres á las prisiones y á las tumbas de sus hijos. ¡No es necesario estar bien penetrado de la inmortal grandeza del hombre y bien seguro de su resurrección futura para llamar *dormitorio* el campo de batalla en donde la muerte le tiene extendido, y *trono* la tumba en donde se cumplen los tristes misterios de su descomposición?

A estos nombres reveladores vienen á juntarse, para manifestar el doble destino de la Roma subterránea, los usos conocidos de la primitiva Iglesia. Una ley disciplinaria quería que se ofreciese el santo sacrificio en la tumba de los mártires. Así, cada vez que los misterios sagrados debían

1 Cryptae hypogaeae, latebrae, concilia martyrum, sanctuarium, dormitorium, sedes requiectionis, memoriae, pax, portus, solium.—Boldetti, p. 585.

renovarse, era necesario bajar á las Catacumbas. Ahora, siendo el uso de los primeros cristianos comulgar todos los días, queda, pues, establecido igualmente que este viaje tenía lugar todos los días, al menos para una gran parte de los fieles. 1 La Iglesia entera lo hacía en los numerosos aniversarios de los mártires que se celebraban invariablemente en sus sepulcros por la ofrenda de la augusta Víctima. Además, la piedad, la necesidad de darse valor para los combates de la fe, los trabajos y la vigilancia de los sepultureros multiplicaban en gran número las visitas prolongadas á aquellos retiros silenciosos. Agregad que el temor de excitar la atención ó el odio de los paganos debía hacer que las eligieran muy á menudo para la instrucción de los catecúmenos, la administración de los sacramentos y celebración de las agapas. Sin embargo, en tiempo de paz los cristianos habitaban en la ciudad y se ocupaban en el ejercicio de todas las profesiones legítimas. “Vosotros nos reprochais, decía á los paganos un testigo ocular, el ser gentes inútiles!—¡Cómo! Pero habitamos con vosotros; tenemos un mismo alimento, un mismo vestido, unas mismas ocupaciones, unas mismas necesidades; no somos ni brahmanes ni gymnosofistas indios, habitantes de las selvas y que huyen del comercio de los hombres. . . . No nos pasamos sin las cosas necesarias para la vida; como vosotros, nos trasladamos al Forum,

1 Prima del dugensettanta dell'era nostra, la Chiesa romana per divota consuetudine celebrava il sacrificio Eucaristico sopra i sepolcri di martiri. Fu il pontifice San Felice il quale ordinó che quella consuetudine avesse forza di legge universale e perpetua.—“A principios del año doscientos setenta de nuestra era, la Iglesia romana, por costumbre piadosa, celebraba el sacrificio Eucarístico sobre los sepulcros de los mártires. El Pontífice San Félix fué el que ordenó que esta costumbre tuviese fuerza de ley universal y perpetua.”—Marchi, p. 51.

á las carnicerías, á los mercados, á los baños, á las ferias, á las tiendas, á las hospederías. Navegamos con vosotros, llevamos armas, cultivamos la tierra, ejercemos las mismas profesiones para utilidad vuestra.” 1

Si durante los raros intervalos de la tranquilidad, la morada de las Catacumbas era solamente habitual para nuestros padres, se haría continua en las épocas de persecución. Apenas se había publicado el edicto sangriento, cuando se les veía desaparecer y buscar un asilo en sus subterráneos durante el tiempo de la tempestad. Los paganos no lo ignoraban. De aquí nacieron los nombres injuriosos de *raza topinera* (ratonera), de *raza enemiga de la luz* que les daban. 2 De ahí también, después de la publicación del edicto, aquel primer grito arrojado por la crueldad pagana: “Que se cierren los cementerios.” *“Arae non sint.”* 3

Los emperadores, no menos ávidos de sangre cristiana, se empeñaban en secundar el furor popular y prohibían, bajo pena de muerte, la entrada á las Catacumbas. 4 En fin, cuando se apaciguaba la guerra, el primer acto de clemencia de los perseguidores consistía en permitir á los cristianos el libre acceso á sus cementerios. Galiano, aterrado por la espantosa

1 *Apol.*, c. XLII—XLIII.

2 *Latebrosa et lucifax natio.*—“Nación oculta y que huye de la luz.”—*Min. Fel.*

3 *Sub Hilarione praeside cum de areis sepulcrarum nostrarum clamassent “Arae non sint!” areae ipsorum non fuerunt.*—“Presidiendo Hilarion, exclamaron acerca de nuestras sepulturas: “No haya cementerios,” y no los hubo.”—*Tertul., ad Scapul.*, c. III.

4 *Proconsul dixit: Justum est ut nulla conciliabula faciant, neque caemeteria ingrediantur: quod qui facere comprehensus fuerit capite plectatur.*—“Dijo el procónsul: Es justo que no haya conciliabulos y que no se entre á los cementerios: y aquel que lo haga tenga pena de muerte.”—*Pont., Act. proconsular.* Véase también á Bar. An. 260; Euseb., *Hist.*, lib. VII, c. X, lib. IX, c. II; Boldetti, lib. I, c. III.

muerte de su padre el emperador Valeriano, se dulcifica hácia la Iglesia y da un rescripto por el cual autoriza á los obispos á volver á los cementerios. 1 ¿Qué más se necesita para probar que en aquellos terribles momentos nuestros abuelos no tenían mejor asilo? Su historia establece que acudían allí en multitud y los jefes del rebaño les daban ellos mismos el consejo y el ejemplo. "Venid, reuníos en los cementerios, decía el Papa San Clemente, para leer los libros sagrados, cantar los himnos en honor de los mártires y de todos los santos que salieron de este mundo; venid á orar por vuestros hermanos muertos en el Señor, y á ofrecer en vuestras iglesias y en vuestros cementerios, la Eucaristía agradable á Dios, tipo de vuestro cuerpo real y acompañado con el canto de los Salmos, á aquellos que mueren en la fe." 2

A este testimonio sería fácil añadir muchos otros; pero los hechos son todavía más decisivos que las palabras. Los monumentos primitivos presentan una prueba en cada página de que durante las persecuciones, la mayor parte de los Soberanos Pontífices se retiraron con los fieles á las Catacumbas. Hablando aquí solo de un pequeño número de ellos, ¿quién no sabe que el apóstol San Pedro, el primero y el modelo de los Papas, San Calixto, San Urbano, San Ponciano, San Antero, San Fabian, San Cornelio, San Estéban, San Sixto II y San Cayo, hicieron allí su morada? San Estéban y San Sixto fueron

1 Exstat ejus constitutio quam ad episcopos misit, permittens illis illa loca recipere quae caemeteria vocantur.—"Existe su constitucion dirigida á los obispos en que les permite que reciban en los lugares que se llaman cementerios."—Euseb., lib. VII, c. XIII; Boldetti, lib. I, c. I, p. 12.

2 Conveniti in caemeteriis ad legendum Sacros Libros, etc.—"Reuníos en los cementerios á leer los libros sagrados."—*Constit. apost.* lib. VII, c. ultim.

allí martirizados; San Cayo estuvo en ese lugar, oculto durante ocho años. 1 Además, á ejemplo de Pablo en su prision, aquellos incansables Pontífices cumplían en su tumba viviente con todas las funciones de su apostolado. Allí tenían concilios, consagraban obispos y sacerdotes, ponían los fundamentos de la disciplina, instruían á los fieles, bautizaban á los catecúmenos, en una palabra, cumplían con todos los deberes impuestos por su doble título de obispos de Roma y de jefes de la Iglesia universal. 2 Todo esto ¿no supone evidentemente la presencia del pastor y del rebaño?

Sin embargo, en lo más fuerte de la persecucion todos los cristianos no dejaban la ciudad, ó al ménos no hacían de las Catacumbas su morada continua. Un gran número de ellos se quedaban entre los paganos para observar lo que pasaba y avisar de ello á la Iglesia; para visitar, consolar, alentar á los mártires en sus prisiones, acompañarles ante los jueces y tomar nota de sus interrogatorios; seguirles al lugar de su suplicios, recoger su sangre y trasladar sus restos preciosos á la gran necrópolis. Otros tambien permanecían en Roma porque sus empleos, tales como por ejemplo la profesion militar, no les permitía alejarse de allí, ya porque era indispensable proveer á la subsistencia de los hermanos ocultos en los cementerios, ya en fin, porque no estando obligados á huir, se sentían con bastante valor para desafiar el furor de los tiranos. ¡Cosa notable! se encuentra la misma conducta en

1 Ingredientes verò Romam invenerunt apostolum in loco qui dicitur Vaticanus, docens multas popularum turmas.—"Al entrar en Roma encontraron al apóstol en el lugar llamado Vaticano enseñando á muchas turbas de pueblo."—Aringhi, t. I, lib. I, c. II, Bar., *Annal.*, t. XII, an. 1145—1150; Boldetti, lib. I, c. III.

2 *Lib. de Rom. Pontif.* Aringhi, t. I, c. II, p. 10, 11.

todos los países, en todas las épocas de persecucion. Se la ha visto principalmente en Inglaterra, bajo Isabel, y en Francia durante la revolucion del último siglo; y se reproduce en nuestros dias en Cochinchina y Tonquin.

Á lo ménos la Iglesia sepultada en las entrañas de la tierra, ¿gozaba ella de una cierta tranquilidad? creerlo de una manera absoluta sería un error. Nuestros padres retirados en las Catacumbas estaban en seguridad, como lo estuvieron en las épocas citadas más arriba los católicos de Francia y de Inglaterra ocultos en los bosques, en las cuevas, como lo están hoy los fieles de Oriente en sus profundos retiros. La clausura de los cementerios reclamada por el pueblo y mandada por los perseguidores, prueba que los paganos conocían los asilos de nuestros padres. Ahora bien era tal el peligro de ser descubiertos, que les ponía en continuas alarmas y les obligaba á menudo á hundirse en las últimas profundidades de sus subterráneos. "La persecucion es de tal modo violenta, es criba el año 260 el Papa Cornelio, que no podemos ya reunirnos en las Catacumbas más conocidas." 1

Muchas veces tambien los paganos perseguían á nuestros padres en sus más ocultos retiros. Así vemos al Papa San Sixto II martirizado en las Catacumbas de San Calixto con cuatro diáconos. 2 Podrían citarse muchos otros. Algunas veces, por una atroz barbarie, mandaban cerrar las entradas de las Catacumbas y sufocaban así de un solo golpe una multitud de víc-

1 Publice neque in cryptis noticiis missas agere christianis liceat.—"No era permitido á los cristianos decir misa en las cryptas más conocidas."—*Ep. VIII ad Lupicin. Vicin.*

2 Xystum in caemeterio Callixti animadvertum sciatis octononas Augusti et cum eo diaconos quatuor.—"Sabed que Sixto fué martirizado en el cementerio de San Calixto el ocho de las nonas de Agosto, y con él cuatro diáconos."—*S. Cypr., Epist. ad Success. Epist. LXXXII.*

timas. Numeriano, sabiendo que un gran número de fieles estaban reunidos en los cementerios de la Vía Salaria, mandó que se demoliere la puerta y se hiciese caer sobre ellos la montaña de tierra suspendida sobre la crypta. 1

Para sustraerse á las investigaciones de los perseguidores, multiplicaban los cristianos las entradas de sus Catacumbas. Todos los dias se descubren nuevas en los jardines de los alrededores de Roma. Esta multiplicidad de aberturas tenia otro motivo; la Iglesia quería que los hombres y las mujeres tuviesen sus entradas diferentes. Se concibe que la separacion de los sexos, observada todavía en nuestros dias en un gran número de parroquias, debia ser rigurosamente prescrita entónces que las asambleas tenían lugar de noche en subterráneos iluminados escasamente por lámparas. Además del testimonio de los antiguos Padres, las Catacumbas mismas establecían el destino de las dobles entradas. Una inscripcion encontrada por Bosio en las Grutas Vaticanas pone la cuestion fuera de duda:

AD SANCTVM PETRVM ANTE REGIA  
IN PORTICV COLUMNA SEGVNDA QVOMODO  
INTRAMVS  
SINISTRA PARTE VIRORVM  
LVCELLVS ET IANVARIA HONESTA FEMINA.

"Lucelo está colocado en la segunda columna en el pórtico, que es por donde entramos, y en la parte izquierda que es la de los varones; y Januaria, honrada mujer, en la otra parte, enfrente."

Resulta de este documento grabado sobre la piedra, que los hombres entraban á

1 Ut in introitu cryptae paries levaretur; quod cum factum fuisset, mentem qui cryptae imminabat super eos dejecit.—"Que se quitase la pared de la entrada de la crypta, y una vez hecho esto, la montaña de tierra suspendida sobre ellos se dejase caer."—*Bar. an. 284; Mar. chi, p. 81.*